

## **Presentación de libro *Diálogos interculturales en el ámbito educativo***

Ricardo Ancira

Palacio de Minería (27/02/17)

El libro que hoy presentamos, *Diálogos interculturales en el ámbito educativo*, dictaminado y pulcramente editado, es el fruto del Segundo Seminario que con ese mismo título organizaron Silvia Fernández Hernández, coordinadora de esta publicación, por parte del Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM y Jack Sinnigen, de la Universidad de Maryland.

Hace menos de un año, cuando este libro ya había entrado en el proceso editorial, nadie hubiera imaginado que su temática sería hoy tan actual, cotidiana y crucial para la vida de tantos pueblos, me refiero en especial al mexicano. Mientras que la reflexión académica tendía a la eliminación de barreras, la política mundial diseñaba nuevas murallas. Cuando todo hacía suponer que las sociedades se adentraban en la interculturalidad, las grandes potencias reculan y alientan el *monoculturalismo*. Ahí estaban ya esbozos en Gran Bretaña, Francia, Hungría y... en eso llegó Trump. Sólo la intercultura puede agrietar esos muros enclaustrantes.

Integran el volumen siete artículos que abordan el tema a partir de igual número de puntos de vista. Antes de pasar revista a cada uno de ellos en lo particular, es conveniente establecer que los autores diferencian con claridad tres conceptos muy cercanos: pluralismo, multiculturalidad e interculturalidad.

El pluralismo se da en (casi) cualquier sociedad, excepción hecha de los Estados totalitarios, como Corea del Norte. Tal es el caso, por ejemplo, de la convivencia entre hétero y homosexuales, armónica por lo menos en apariencia. La multiculturalidad, por su parte, presupone el contacto, en ocasiones superficial, entre dos o más culturas. La concurrencia en el metro de París, un autobús londinense o un grupo de chilangos en Cuetzalan ofrecen una imagen convincente del fenómeno. Las diferentes culturas se yuxtaponen, se podría incluso considerar que se miran con respeto, tal vez incluso esbozan una tenue sonrisa, pero no se abren, no se comunican, no se mezclan. Permanecen en sus respectivos espacios vitales e ideológicos. Las sociedades de la Europa occidental son multiculturales:

cohabitan cristianos y musulmanes, en Bélgica, por ejemplo, valones y flamencos, como en Estados Unidos lo hacen los (mal) llamados latinos con la población anglosajona y la de origen africano (también marginalmente, asiático). Cualquier serie televisiva de ese país plasma un multiculturalismo fingido. Entre los detectives, por ejemplo, la corrección política dicta de haya rubios, chicanos, negros, chinos. Ahí en apariencia hay multiculturalidad pero no interculturalidad ya que todos ellos piensan igual, juegan con las mismas reglas y persiguen los mismos objetivos. Su presencia sólo permite que la policía comprenda las motivaciones de los delincuentes según su etnia... Toda sociedad es, pues, en sí misma, pluricultural: ¿qué sería de la hispánica sin las contribuciones árabes? ¿Y qué sería de la nuestra sin el sustrato prehispánico?

Ahora bien, la *interculturalidad*, tema que hoy nos reúne, ha sido definida como la interacción en términos de *igualdad*, que para los teóricos consiste en una *horizontalidad*; hay que recordar esa expresión al hablar de interculturalidad: *horizontalidad sinérgica*. Interacción armónica y productiva, en otras palabras. Los problemas inevitables en toda relación humana se superan gracias al diálogo, el respeto y la búsqueda de acuerdos. Dejaría yo por el momento abierta la pregunta acerca de si la comunidad mexicana, integrada por mestizos e indígenas, es intercultural. Cada uno de ustedes tendrá su respuesta.

Se suele aceptar que el proceso de interculturalización consta de varias etapas. La primera, esencial, es el acuerdo de interacción; la segunda, el reconocimiento respetuoso de la llamada *otredad*; la tercera tiene que ver con la igualdad de oportunidades; una cuarta es la aceptación del enriquecimiento mutuo; el quinto, la obtención de resultados plurales, fruto de la interacción.

Pero no todo es tan claro ni miel sobre hojuelas. Quienes me conocen saben que no podría faltar en mi intervención una provocación. Para eso existen los debates, para apreciar las diferentes facetas de un fenómeno y sembrar dudas en las certidumbres. Pregunto: ¿son respetables todas las prácticas culturales? ¿Son *todas* susceptibles de participar en un proceso intercultural? Mi respuesta es clara: No... no es respetable, por ejemplo, la ablación del clítoris de púberes en algunas

regiones de África; tampoco lo es el trueque de hijas por ganado en vastas zonas del Medio Oriente y en ciertas localidades de nuestra América Latina. Otra pregunta para los estudiosos de la filosofía del lenguaje es si la libertad de expresión debe desaparecer cuando se adentra en los llamados “discursos de odio”.

Pero volvamos al libro que nos ocupa. Abre esta recopilación de ensayos el de Beatriz Granda, titulado “Perspectiva docente y tratamiento de la gramática en los libros de texto. Reflexión para el diálogo intercultural”. En él, la especialista se adentra en las inevitables interrelaciones entre la cultura y la gramática en el marco de la enseñanza del español, eje de la docencia que ofrece el CEPE a estudiantes no-hispanohablantes. Analizando la serie institucional de libros *Dicho y hecho*, Granda comparte los resultados de cuestionarios aplicados a 24 profesores, lo que ilustra las concepciones y representaciones de los docentes acerca de la situación de la gramática en los materiales didácticos. Como sabemos, en los setenta y ochenta del siglo pasado la sola alusión a la gramática era estigmatizada por la ideología dominante, es decir las diversas formas que tomó el llamado *enfoque comunicativo*. Ese radicalismo fue atemperado, principalmente, por el Marco Común Europeo de Referencia, gracias al cual gramática, pragmática y el componente nocio-funcional no sólo conviven sino que se complementan. En el artículo, la autora también se interesa en la formación de profesores.

El texto de Aleksander Wiater, “La cultura formal en los manuales de E/LE” aborda un tema, en cierto modo complementario, toda vez que se interesa en los libros de texto elaborados en España y, más concretamente, en la visión que de rasgos peninsulares que como recurso didáctico se presentan al estudiante de español en ámbitos artísticos, en especial arquitectura, pintura y escultura. La cultura con “C” mayúscula, como la llama Wiater. El autor plantea que se trata de interculturalidad en dos niveles: entre las artes en sí y entre las distintas naciones, lo que contribuiría al desarrollo cognoscitivo del aprendiente. Remacha su exposición subrayando que lengua y cultura son realidades indisociables, en este caso los componentes lingüísticos y los iconográficos. Desfilan en su texto ejemplos de estos últimos en arquitectura, como la Giralda sevillana, el Parque Güell de

Gaudí, El Escorial o la Puerta de Alcalá; en pintura, las obras de Velázquez, Picasso y Dalí; en la escultura, Las Cibeles y el Oso y el Madrono. El ensayo de Wiater trata, en síntesis, de la integración de la competencia cultural al habla.

Martha Elena Montoya se interesa en el tema de la construcción de la identidad, esto es en el fundamento mismo de la cultura, paso previo, imprescindible, para el establecimiento de cualquier relación intercultural. Antes de interactuar con el *otro*, debo tener plena conciencia de *quién y qué soy*. El trabajo se basa en la experiencia de la autora en la licenciatura de Arte Cultural que imparte la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Aquella tiene como objetivo la formación de lo que llama “mediadores” entre la sociedad y la cultura. Éstos tienen dos características: ser ciudadanos libres y, como era de esperarse, “demócratas” que descubren su esencia a través del descubrimiento del otro. Se cita a Paul Ricoeur para asentar, entre otras consideraciones, que sí es posible traducir una lengua en otra, pero que resulta muy complicado intentar “traducir (entre comillas)” una cultura en términos de otra. Montoya ilustra su disertación aludiendo a la *comunicación intercultural* poniendo como escenario nuestro territorio y centrándose en las relaciones entre las poblaciones indígenas y mestizas.

En su ensayo acerca del patrimonio cultural como medio de educación integral en el entorno de la diversidad cultural, María Estela Eguiarte analiza una educación integral a partir del patrimonio (incluso aquél no considerado por el canon dominante) y considera que ésta es un derecho humano: el derecho a la cultura. El objetivo final sería la construcción colectiva del conocimiento. Eguiarte responde en su texto dos preguntas esenciales: ¿cómo lograr que el público se involucre y se apropie culturalmente el patrimonio histórico?, y, por otra parte, ¿qué se logra con esa apropiación del patrimonio en términos de educación? Su reflexión gira alrededor del icónico Castillo de Chapultepec, tanto su arquitectura como sus pinturas y otras manifestaciones estético-históricas; y su visión es diacrónica, es decir que se refiere al peso del pasado sobre el presente.

Cristina Simón presenta en su artículo “Verdades en sombras envueltas. Una relectura a lo divino del Teocualo” una sugerente, por sus implicaciones, forma de

interpretar el fenómeno intercultural: Sor Juana Inés de la Cruz se atreve a equiparar la teofagia cristiana, la eucaristía (comer el cuerpo del hijo de Dios) con el rito mexicano del Teocualo (donde el dios es comido). Simón finca en lo religioso la conciencia identitaria de prácticamente todos los pueblos. En el caso de la Nueva España, lo que interesa es el sincretismo entre divinidades, una de las formas más profundas y duraderas de la interculturalidad. Por otro lado, la mezcla genética producto del mestizaje repercutió en las creencias y las costumbres que distinguen hasta hoy a las sociedades americanas de sus orígenes europeos. Ello conduce a la autora a plantear abiertamente el surgimiento de una definición identitaria, el patriotismo criollo, dos de cuyos exponentes principales, en el terreno literario –y también extraliterario– serían precisamente la propia Sor Juana y Carlos de Sigüenza y Góngora. Atractiva es también la hipótesis de otro tipo de interculturalidad: la complicidad entre la peninsular Condesa de Paredes y la propia poeta novohispana.

Jack Sinnigen nos ofrece un vívido testimonio de lo que la novela *Cien años de Soledad* ha representado en su vida personal y su correspondiente impacto en su trayectoria como profesor. Sinnigen es en sí mismo multicultural, como lo somos los maestros que CEPE. La obra maestra de García Márquez añade una dimensión adicional: ¿cómo comprender, siendo estadounidense, esa cumbre de la literatura latinoamericana? Y, sobre todo, ¿cómo transmitir esas sensaciones a estudiantes de lengua y cultura anglosajonas? El autor leyó la novela en 1969 y tres años después fue el eje en torno al cual empezó a articularse su docencia y su dedicación a los estudios multiculturales. Ese camino se alargó hasta 2015, cuando por última vez fue el tema de su cátedra. El especialista engarza hábilmente la realidad latinoamericana presente en la novela con nuevas manifestaciones revolucionarias, como la guerrilla centroamericana y el alzamiento zapatista en 1994. “Casi cincuenta años después de su publicación —concluye Sinnigen— sigue siendo un vital recurso intercultural en el proceso de afirmación anticolonial”.

Cierra el volumen el texto de su coordinadora, Silvia Fernández Hernández. “Hacer visible lo invisible. Pedagogía intercultural del arte” colinda con los ya mencionados ensayos de Eguarte y de Wiater. Fernández analiza desde varias

perspectivas el proceso senso-perceptivo, neuronal, que se activa cuando nos encontramos ante una pieza de arte. El lenguaje plástico se vincula a fin de cuentas con el lenguaje –digamos– lingüístico. El profesor debe articular los contenidos obligatorios de la materia con la diversificación de formas pedagógicas si pretende obtener resultados prácticos. A partir de una reflexión actual sobre las bases teórico-metodológicas que un profesor, de arte mexicano en este caso, debe poseer cuando se enfrenta a un grupo plural y multicultural de estudiantes, la mayoría de ellos no-hispanohablantes, la autora se remonta al ámbito intercultural de la Escuela de Verano, creada en 1921, es decir a estos 95 años de trayectoria académica acercando culturas diversas.

Enseñar lo mejor de los mexicanos a los mejores de entre los extranjeros fue el objetivo de Vasconcelos, Henríquez Ureña, Torri, padres fundadores de nuestra escuela y —sin lugar a dudas— visionarios interculturalistas *avant la lettre*.

Felicidades a los autores y al Centro de Enseñanza para Extranjeros por hacer públicas su reflexiones.